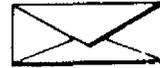


UNOMASUNO



CORRESPONDENCIA



Silencio de la izquierda latinoamericana ante la tragedia de Argentina

Señor director:

Me atrevo a decir que casi todos los argentinos que residimos en esta generosa tierra mexicana, leemos su periódico. Lo hacemos en el entendido de que la línea editorial, ostensible y claramente democrática, tiene un contenido latinoamericanista, de defensa de los intereses comunes que nos hermanan y de denuncia de los percances que sufren nuestros procesos democráticos.

Es ya evidente el carácter represivo, y por lo menos antidemocrático —para no caer en panfletarias calificaciones, no por ello inciertas— de la junta militar que ejerce el poder en mi país. No obstante, resulta inocultable e indesmentible el silencio de vastos sectores de la izquierda latinoamericana. Al menos, no hemos visto que se hayan pronunciado con la misma consistencia y persistencia con que lo han hecho para calificar a otros procesos tan trágicos como el argentino: por ejemplo, los casos de Chile y de la Nicaragua somocista.

La cautela en el trato del problema argentino, es una característica que resulta paradójica en el campo progresista. La prueba está en que esa cautela no la tuvo ni el mismísimo presidente salvadoreño, Humberto Romero, cuando no hace mucho se extrañó ante la prensa internacional y dijo algo así como: "Qué me cuestionan unos cuantos muertos en El Salvador, si en la Argentina se cuentan por decenas de miles". Desdichadamente, tuvo razón.

Lo que ha sucedido en mi país fue terrible, indudablemente. Más allá de las autocriticas que estamos haciendo los argentinos —ubicados en organizaciones políticas o fuera de ellas—, y más allá de que finalmente logremos comprender que la derrota del proceso iniciado el 25 de mayo de 1973 (con el ascenso a la primera magistratura del doctor Héctor J. Cámpora), no fue sólo producto de la voracidad militar, ni de la sed de poder de una oligarquía eternizada de espaldas al pueblo, sino que también nos ha tocado a nosotros pagar el precio de innumerables errores; más allá de todo esto, señor director, hay que reconocer que a los argentinos, increíblemente, nos ha costado, y nos cuesta, ubicar a nuestro país en la geopolítica del fascismo, a la vista de toda la comunidad internacional.

Es innegable la ausencia informativa que se aprecia en la prensa del campo socialista. Ni la Unión Soviética ni sus países aliados se deciden a criticar —no digo a lapidar, que es lo que los argentinos venimos esperando desde hace ya muchos y crueles años— al régimen que detenta el poder en mi país.

Es un hecho que la Unión Soviética es el principal interlocutor comercial de la Argentina, con un intercambio bilateral que supe-

ra los 400 millones de dólares anuales. Es un hecho que, a pesar del irrefrenable *macartismo* y el furioso anticomunismo de la junta militar argentina, Videla condecora al teniente general Iván Jacovich Braiko (subdirector de Institutos Militares del Ministerio de Defensa de la URSS). Y es un hecho que, mientras en Buenos Aires la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA investiga miles de secuestros y desapariciones, un general argentino —Antonio Montes— es condecorado en Moscú por el Ejército Rojo que venciera al nazismo (véase, unomasuno del 3/IX/79).

Es un hecho que en las constantes y justas denuncias contra el fascismo, efectuadas por los partidos comunistas latinoamericanos (leemos cables y discursos de líderes cubanos, chilenos y uruguayos) se denuncian dura y justamente la represión, la antidemocracia y los genocidios en muchos países, largas listas de países, pero en las que jamás figura la Argentina.

Podría pensarse que eso se hace —mejor dicho, se evita hacerlo— por solidaridad entre los PC, ya que es de todos conocido que el Partido Comunista Argentino, en paradójica actitud, fue el primer y único partido político argentino que dio apoyo a la junta militar.

No obstante, ni siquiera escuchamos o leemos menciones a los más de cien muertos, secuestrados, desaparecidos y presos que ha sufrido el propio PC argentino.

Y ahora, en circunstancias en que el ex presidente Cámpora —quien asumiera el gobierno rodeado por los presidentes Salvador Allende y Osvaldo Dorticós, y restableció las relaciones argentino-cubanas, entablando vastas relaciones comerciales aun en contra de las presiones estadounidenses —pasa por la situación conocida, no escuchamos un solo pronunciamiento del campo socialista en solidaridad con su caso.

Creo, señor director, que es de dolorosa justicia la necesidad que me impulsa a escribir esta carta. Porque de ninguna manera deben entenderse estas líneas como una crítica gratuita o injusta a procesos que han merecido, invariablemente, la solidaridad del pueblo argentino progresista y democrático. Hubo argentinos en la revolución cubana, en la experiencia chilena, en todos los procesos revolucionarios latinoamericanos. Fue un argentino —el escritor Rodolfo Walsh, secuestrado por la dictadura— uno de los fundadores de la agencia noticiosa cubana *Prensa Latina*. Y no leemos que *Prensa Latina* jamás haya dicho una palabra de condena al régimen que secuestró a su fundador.

Entiéndame bien, señor director, no escribo desde la derecha, ni admitiré que se diga que estas cartas "le hacen el juego a la derecha". Le escribo porque siento que es imprescindible que los argentinos digamos estas cosas —que todos piensan, pero pocos quieren decir— y que indudablemente nos duelen. Y que, finalmente, considero es de suma importancia que la opinión pública mexicana conozca.

Mempo Yardineli